



## 6. COP21 París: Otro clima para un mundo vivible

# Las injusticias de la ciencia del clima

*Larry Lohmann*

Este artículo trata de las injusticias inherentes a la ciencia del clima predominante, y a las formas en que la ciencia del clima forja la manera en que abordamos el clima. Trata también de cómo los activistas pueden reorientarse con respecto a esta ciencia con el fin de construir mejores alianzas.

Los activistas por el clima a menudo se apoyan en la ciencia del clima para justificar sus acciones. Y con buena razón. Pero también es cierto que no todo el mundo necesita que los expertos del Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático le diga cuál es la gravedad del calentamiento global. Los pobladores

del delta del Ganges cuyas casas han sido tragadas por el mar ya saben lo que está en juego. Y los pequeños agricultores, que ven los impactos en los animales y las plantas locales, tampoco precisan necesariamente de instrumentos de laboratorio que les digan que hay algo que anda mal. Pero para convencer a los intelectuales de clase media acerca de la escala mundial del problema, es difícil no caer en los Modelos de Circulación General computarizados, respaldados por diversas técnicas y redes de recolección de datos que son el resultado de más de un siglo de denodados esfuerzos climatológicos (Edwards, 2013).

No obstante, algunos de los puntos fuertes de esta ciencia son también problemas. Los modelos climáticos dividen a una naturaleza “no humana” (moléculas de CO<sub>2</sub>, albedo de las nubes, clatratos de metano), de una sociedad “no natural” (extracción de excedentes, sindicatos, políticas energéticas). Los climatólogos estudian las excentricidades de las moléculas de gas de efecto invernadero básicas como si no tuvieran historia o fueran apolíticas. Año tras año, acumulan una cuenta cada vez más pesada y detallada de las interacciones reales y posibles entre objetos cuidadosamente aislados del mundo de los humanos, alejando su mirada de las interacciones que hacen del cambio climático un proceso *socionatural* de complejo entramado.

Por ejemplo, el proceso del “cambio climático” representado por los modelos de circulación general es indiferente a las distinciones entre “CO<sub>2</sub> de subsistencia” y “CO<sub>2</sub> de lujo”, o entre las emisiones de la agricultura indígena y las emisiones procedentes de la combustión de combustibles fósiles (Agarwal y Narain, 1991). Excluyendo la política de las compañías petroleras, el disciplinamiento de los trabajadores o la opresión de las mujeres, los modelos de circulación formulan el cambio climático de tal manera que trasladan continuamente la causalidad y la responsabilidad —ya sea a nivel molecular o a nivel de un gerente imaginario que podría “manejar” la máquina del clima de la misma forma en que un aficionado supervisa un conjunto de trenes en miniatura—. Este gerente no es otro que una versión del *anthropos* simplificado que se encuentra en la frase “cambio climático antropogénico”.

Para los climatólogos, este sesgo no es una cuestión de opción individual. Se deriva no solamente de la ofensiva capitalista para crear y aislar a seres humanos “no naturales” que puedan fabricar mercancías a partir de naturalezas esmeradamente interpretadas como “no humanas”. También es parte de la genealogía específica de los propios modelos climáticos, que se remonta a la cibernética de la época de la Guerra Fría, a los análisis de sistemas y a las simulaciones computarizadas de la dinámica de fluidos no lineales de las explosiones nucleares. Asimismo, es parte también de los servomecanismos conectados al sistema de control, que se usaban en la artillería de la Segunda Guerra Mundial, tanto como de los “gobernadores” mecánicos de control requeridos por los motores a vapor de la revolución industrial (Elichirigoity, 1999; Beniger, 1986).

¿Qué sucede cuando este clima rigurosamente “no social” se vuelve peligrosamente inestable y alguien tiene que hacer algo al respecto? Hay que volver a conectarlo a la política humana. Pero ¿cómo? Todo el ejercicio de creación de modelos ha dependido de ignorar los millones de conexiones que unen al calentamiento global con —por ejemplo— la hegemonía del capitalismo fósil y la lucha contra los bienes comunes (Malm, 2014). El mero hecho de incluir nuevamente los dos pequeños objetos llamados “CO<sub>2</sub> de subsistencia” y “CO<sub>2</sub> de lujo” en la ecuación climática equivaldría a abrir la climatología a negociaciones acerca de qué se entiende por subsistencia y qué se entiende por lujo —negociaciones que ni los dirigentes políticos ni sus asesores científicos tienen mucho interés en llevar a cabo—. Es como si un cirujano, después de haber extirpado el cerebro y la médula espinal de una persona, intentara ponerlos de nuevo y reconectarlos, neurona por neurona, con el resto del cuerpo.

Es mucho más fácil sofisticar el problema. Al depurar el cambio climático ubicándolo como un fenómeno exclusivamente “natural”, simultáneamente se depura a la humanidad en un fenómeno “no natural” simplificado, irrestricto por su arraigo en lo no humano —algo así como el aficionado con su modelo de ferrocarril—. Una vez que la cuestión climática queda reducida a moléculas, entonces la manera obvia de reconectarla con la sociedad es vincularla a imaginarios controladores de moléculas cuyos móviles finales pueden expresarse en números: 350 partes por millón o un aumento de la temperatura de 1,5 °C.

De ahí el fantasmagórico discurso de las Naciones Unidas y la “economía verde”, que pone en primer plano no a los cientos de millones de trabajadores y jefes condenados a vincularse a máquinas alimentadas con combustibles fósiles, ni a los comuneros y arrendatarios que pelean obstinadamente contra el extractivismo, sino a los “líderes mundiales” supuestamente todopoderosos, a los economistas y a los consumidores usureros que “descubren” precios del carbono que de alguna manera controlarían la acumulación de moléculas de CO<sub>2</sub> sin afectar en absoluto el estado de la lucha de clases.

¿Qué tiene que ver todo esto con la justicia? Todo inmigrante que llega a Europa o a América del Norte porque ha sido desplazado o desplazada por plantaciones de agrocombustibles supuestamente “carbononeutrales”, no solo es un refugiado o refugiada climática sino también una víctima de la injusticia urdida en el entramado mismo de la vertiente oficialista de la ciencia del clima, que nos dice que en materia de causar o prevenir catástrofes, una molécula de CO<sub>2</sub> es igual a otra. Y la misma climatología oprime a todos los pueblos del bosque que cargan con la responsabilidad de utilizar su territorio de tal manera que puedan compensar las emisiones industriales en cuya creación no tuvieron nada que ver. Cada argumento científico que sustenta nuevas formas de instrumentalizar naturalezas supuestamente no humanas —tales como la aplicación de la geoingeniería en los océanos para lograr una mayor absorción

de carbono— es un insulto a los pueblos indígenas, tanto como lo fueron las usurpaciones colonialistas del último milenio.

¿Eso significa rechazar la ciencia del clima? No más que el reconocimiento de las injusticias inherentes a los códigos jurídicos de cada nación significa ignorar los tribunales, negarse a contratar abogados, o quemar facultades de Derecho. El mundo en el que el capital trata constantemente de bifurcarse entre una sociedad monolítica y una naturaleza monolítica —y parcialmente lo logra— es uno de los mundos que ocupamos. Por esa misma razón, debe ser uno de los objetivos de la lucha popular. Llamar la atención sobre la injusta parcialidad de la ciencia del clima no es anhelar una vez más una ciencia imparcial basada en una “naturaleza” depurada, sino exigir una ciencia con mejores tendencias, que conscientemente reconozca su lugar en la evolución de *socionaturalezas* más democráticas. Es necesario comprender que las injusticias políticas inherentes a la climatología son debilidades científicas. Los activistas por el clima deberían considerarse a sí mismos no como emisarios sumisos de la última climatología para los “líderes políticos”, sino como personas que buscan un cambio político tanto dentro de la ciencia del clima como fuera de ella.

Larry Lohmann es editor de *The Corner House*, [www.thecornerhouse.org.uk](http://www.thecornerhouse.org.uk).

## Bibliografía

- Agarwal, A. y Narain, S. (1991) *Global Warming in an Unequal World*. Nueva Delhi: Centre for Science and Environment.
- Beniger, J. R. (1986) *The Control Revolution: Technological and Economic Origins of the Information Society*. Cambridge: Harvard University Press.
- Edwards, P. (2013) *A Vast Machine: Computer Models, Climate Data, and the Politics of Global Warming*. Cambridge: MIT Press.
- Elichirigoity, F. (1999) *Planet Management: Limits to Growth, Computer Simulation, and the Emergence of Global Spaces*. Evanston: Northwestern University Press.
- Malm, A. (2014) *Fossil Capital: The Rise of Steam-Power in the British Cotton Industry c. 1828-1840 and the Roots of Global Warming*. Ph.D. dissertation, Lund University.